

## VI

# LA RELACIÓN ENTRE LA IGLESIA DE ORIENTE Y LA DE OCCIDENTE

Por Grigorios Larentzakis

La anulación de las excomuniones recíprocas de 1054 acordada por Pablo VI y por el patriarca ecuménico Atenágoras I exige que echemos una mirada al profundo distanciamiento de las Iglesias en la edad media. A finales del siglo VII la tensión existente quedó expresada en el *Trullanum* del año 692; este concilio había condenado puntos importantes de la disciplina occidental, y no fue reconocido en Occidente. El ulterior desarrollo de la Iglesia occidental con su derecho canónico, con la escolástica y con otros logros conseguidos durante la alta edad media ahondó más aún el abismo. Toda la edad media se caracteriza por un alejamiento creciente.

### §74

#### **La controversia de las imágenes**

El rechazo de las imágenes, comprensible en el judaísmo, había perdido toda su fuerza ya en la antigüedad. El arte cristiano utilizó al principio determinados símbolos (pez, áncora, cordero, etc.); posteriormente se sirvió también de acontecimientos y personas históricos entresacados de la historia sagrada, y, finalmente, realizó presentaciones plásticas de temas dogmáticos. Las imágenes no se limitaban a cumplir una función puramente decorativa, sino que estaban situadas en el centro de la vida litúrgica, actualizaban el acontecimiento salvífico y tenían, por consiguiente, un carácter eclesiológico y teológico.

El emperador León III (717-741) quiso eliminar la veneración de los iconos, en el marco de una gran reforma del imperio. Y esto significaba el alejamiento de los iconos. Las exageraciones y abusos que se daban un poco por todas partes alimentaron los planes del emperador. El año 726 mandó quitar de una puerta del palacio una famosa imagen de Cristo. Obligó a dimitir al anciano patriarca Germán, que exigía una decisión conciliar sobre la política iconoclasta del emperador, y nombró patriarca a Anastasio, contrario al uso de los iconos. Cuando éste firmó en 730 el decreto imperial contra la veneración de los iconos, la cuestión adquirió carácter eclesial, político y cultural, y condujo a una crisis del imperio, del pueblo y de la Iglesia. Y tomó cuerpo la resistencia. En el campo literario

hay que señalar especialmente a Juan Damasceno con su teología de los iconos. Sin embargo, no llegó a triunfar una revolución contra el emperador en Grecia.

El papa Gregorio II, al que se dirigió el patriarca depuesto, se declaró contrario a la política iconoclasta del emperador, pero el papa sufrió un doloroso revés. El emperador puso bajo la jurisdicción del obispo de Constantinopla el sur de Italia y la parte oriental de Iliria, regiones ambas que se encontraban hasta entonces bajo la influencia predominante de Roma. A partir de ese momento, los límites eclesiásticos y políticos entre Oriente y Occidente coinciden, mientras que esas regiones habían pertenecido hasta entonces políticamente a Oriente y eclesiásticamente a Occidente, constituyendo así una especie de eslabón.

Constantino V (740-775) prosiguió la política iconoclasta de su padre. Quiso darle el respaldo de la autoridad eclesiástica suprema mediante la decisión de un concilio y el año 754 convocó un sínodo en Hieria, que, como era de esperar, condenó la veneración de los iconos. Aunque reunía todas las condiciones formales de un sínodo ecuménico, ni la Iglesia occidental ni la oriental lo reconocieron como tal.

Los iconos fueron retirados o incluso destruidos. Se prohibió la veneración de las reliquias, de los santos y de María. Los monjes fueron perseguidos como los más enconados adversarios del emperador.

León IV (desde el 775), hijo de Constantino y más moderado en todos los campos, no llegó a abolir los decretos, pero dejó de perseguir a los defensores de los iconos y a los monjes. Tal vez influyó en este sentido su esposa Irene, una princesa procedente de Atenas. Tras el fallecimiento del emperador, ella se convirtió en regente (780) por ser menor de edad su hijo Constantino VI, y puso en práctica una política antiiconoclasta. Llevó a cabo los pertinentes cambios de personas y, finalmente, convocó el concilio que haría el número siete de los ecuménicos, y que es el último de los concilios ecuménicos reconocido como tal por la Iglesia ortodoxa. Celebró sus primeras sesiones en Constantinopla (786) y, tras una interrupción debida a ciertos disturbios, se reanudó en Nicea (787). El patriarca Tarasio, recién elegido, era partidario de la veneración de los iconos; el papa Adriano I estuvo representado por dos presbíteros llamados Pedro. Según la doctrina inequívoca, expresada claramente por Oriente y por Occidente, la veneración de los iconos significa la veneración de las personas reproducidas en ellos, no la veneración del icono mismo, y se diferencia de la adoración, debida exclusivamente a Dios. La victoria definitiva sobre el movimiento iconoclasta se produjo en un sínodo convocado en el 843 por la emperatriz Teodora, al que recuerda hasta hoy la Fiesta de la ortodoxia (celebrada el primer domingo de cuaresma). Ampliaron la controversia los *Libri Carolini*, enviados el año 792 por Carlomagno al papa, que van contra el concilio de Nicea y, además,

abrieron la controversia sobre el *Filioque*, que dura hasta nuestros días. Los papas Adriano I (772-795) y León III (795-816) defendieron el concilio y la formulación primitiva de la confesión de fe niceno-constantinopolitana sin el *Filioque*.

La coronación imperial de la Navidad del año 800 supuso un duro golpe para las relaciones entre las Iglesias; en aquel momento se consumó la división política, y era de esperar que se produjera la división eclesiástica, pues la política lingüística, cultural y eclesiástica, apuntaban en esa dirección.

## §75

### El patriarca Focio y el papa Nicolás I

En la segunda mitad del siglo IX el patriarca Focio y el papa Nicolás I ponen de manifiesto la nueva situación como representantes de dos mundos contrapuestos. En el conflicto de los partidos rivales representados por los «conservadores» zelotas y por los «progresistas» *politikoi*, dimitió el patriarca Ignacio (desde 847), perteneciente al grupo de los «conservadores», cuando entró en conflicto con el emperador Bardas (el año 858). Como sucesor suyo fue elegido legítimamente Focio, entonces jefe de la cancillería imperial. La elección de un laico no era una novedad. «Un historiador no puede admitir sin más» (Dvornik) los juicios negativos adversos (sobre todo en Occidente). Focio es indudablemente «un personaje destacado y altamente dotado» (W. de Vries). De acuerdo con la praxis habitual, Focio comunicó al obispo de Roma su elección un año más tarde, mediante su carta de paz.

Y cuando, a causa de tumultos causados sobre todo por iconoclastas y por seguidores de Ignacio, Focio convocó en el 861 un sínodo en Constantinopla, en el que participaron legados pontificios, Ignacio, quien insistió en que ni había apelado a Roma ni tenía la menor intención de hacerlo, fue declarado como depuesto. A continuación, Nicolás I convocó, en el 863, un sínodo en el Laterano que declaró la deposición de Focio y rehabilitó a Ignacio.

Otro elemento perturbador de las relaciones entre la Iglesia de Oriente y de Occidente fue la cuestión de los búlgaros. Boris, príncipe búlgaro, deseaba una Iglesia independiente de Constantinopla, con un patriarca a la cabeza. Cuando Constantinopla no satisfizo este deseo, Boris puso su mirada en Roma y llamó a clérigos francos para que fueran a su país. La actuación de éstos —con la introducción de ritos occidentales y del *Filioque*— encendió los ánimos. En esa situación, Focio convocó el año 867 un sínodo que depuso y excomulgó a Nicolás I, y rechazó el *Filioque*.

La situación cambió de nuevo el año 867. El nuevo emperador, Basilio I el Macedonio (867-886) destituyó a Focio y repuso a Ignacio. Éste convocó en el 869 un nuevo sínodo al que asistieron legados del nuevo papa, Adriano II. Focio fue condenado, pero no se dio satisfacción a los deseos pontificios (por ejemplo, mantenimiento de la jurisdicción de Roma sobre los búlgaros y pleno reconocimiento del primado pontificio). Por el contrario, se destacó el principio de la pentarquía (posición descollante de los cinco patriarcas: Roma, Constantinopla, Alejandría, Antioquía y Jerusalén, con el obispo de Roma como primero entre iguales). Sin embargo, se firmó en el sínodo el escrito pontificio que habían llevado los legados.

Focio volvió más tarde de su exilio, se reconcilió con Ignacio, y volvió a ser patriarca tras la muerte de éste (877). Un sínodo en Oriente (879-880) en el que participaron también representantes del papa Juan VIII (872-882), debía poner luz en la confusa situación (por ejemplo, obispos depuestos y exiliados). Más de 380 obispos se reunieron en Santa Sofía. Se declaró allí la rehabilitación de Focio y su legítima vuelta al patriarcado (ya antes de que llegaron los legados pontificios). El sínodo se declaró incompetente en la cuestión de los búlgaros, anunciada por Roma. En cambio, recibió como ecuménico el concilio del año 787, y confirmó de hecho la pentarquía. Con la renuncia a una nueva definición dogmática, todos reconocieron la gran importancia de la confesión de fe niceno-constantinopolitana en su redacción original (sin añadiduras ni supresiones). Con ello, se recibía esta confesión de fe como único Símbolo ecuménico, que es objeto hoy de nueva y creciente atención.

Otro tanto cabe decir de la decisión conciliar sobre la legitimidad de las diversas tradiciones de la Iglesia oriental y occidental. El concilio del 869-870 ha sido considerado como ecuménico en la Iglesia católica desde el siglo XII, a pesar de que ese concilio fue rechazado por el del 879-880. La *communio* eclesial mostrada todavía entonces permite esperar que Oriente y Occidente reconozcan en el futuro como octavo ecuménico el segundo de estos concilios (879-880). Señalemos que Focio fue obligado a dimitir de nuevo (886) por el emperador León VI, y murió en la comunión con Roma (892).

## §76

### **Creciente distanciamiento. El patriarca Miguel Cerulario y el papa León IX**

El cuarto matrimonio del emperador León VI ocasionó una nueva controversia. En sintonía con el derecho de la Iglesia oriental, no fue reconocido por el patriarca Nicolás I en 906, pero sí por el papa Sergio III.

Como represalia, se borró de los dípticos (tablillas de oración) el nombre del papa; el patriarca fue, incluso, depuesto. Rehabilitado posteriormente, trató de conseguir que el papa Juan X enviara representantes. Entre tanto, el *Tomos henoseos* (documento de la unión) había prohibido en Constantinopla (920) el cuarto matrimonio, lo que fue aceptado por un sínodo (921) y por los legados pontificios. Y entonces se volvió a escribir el nombre del papa en los dípticos. Desde la controversia de la tetragamia, en la Iglesia ortodoxa está prohibido un cuarto matrimonio (sucesivo), mientras que Occidente no conoce una restricción similar.

La falta de contactos y de colaboración entre Oriente y Occidente se agudizó más aún en el siglo X por la situación del papado. En Oriente había una dirección eclesial bastante fuerte y la irradiación teológico-eclesiástica de Miguel Psellos o de Simeón el Nuevo Teólogo, así como una floreciente misión bizantina. La coronación del emperador Otón I el Grande (962), la utilización del *Filioque* en la confesión de fe también en Roma por el papa Sergio III (por lo que su nombre fue tachado de los dípticos de Constantinopla en 1009) y la añadidura oficial del mismo por el papa Benedicto VIII (1014) bajo presión del emperador Enrique II dieron lugar a nuevas tensiones. Ni siquiera el peligro de los normandos, que afectaba por igual a ambas partes, fue capaz de mejorar el clima. Ambas habían perdido casi por completo la conciencia de pertenecer a una misma Iglesia.

Cuando el vigoroso patriarca Miguel Cerulario, interesado en afirmar su independencia, gobernó en Oriente (1043-1058), en Occidente el movimiento reformista estaba sumamente interesado en mejorar la situación eclesiástica y se creyó en la obligación de intervenir también en las comunidades bizantinas del sur de Italia. Cerulario reaccionó con dureza, sin ponderar por un momento la posibilidad de llegar a un acuerdo, y ordenó el cierre de las iglesias latinas en Constantinopla. Al mismo tiempo, condenó los usos occidentales. Estos ataques recíprocos ponen de manifiesto un profundo distanciamiento de las Iglesias y una no menos profunda desconfianza mutua. Llegaron a escucharse, incluso, recíprocas inculpaciones de herejía.

Pero el peligro que los normandos representaban obligó a buscar la reconciliación. En consecuencia, el patriarca escribió al papa, y éste envió una delegación a Constantinopla. La elección del cardenal Humberto de Silva Cándida como jefe de esa delegación no podía favorecer la reconciliación, pues este autoritario defensor de la reforma no demostraba comprensión alguna para la Iglesia de Oriente. Llegó a Constantinopla en abril de 1054, fue recibido solemnemente por el emperador, pero no tanto por el patriarca, pues éste era un nido de sospechas. Pensaba que la delegación había sido influida por su enemigo personal, el gobernador del sur de Italia, que aquélla no había podido ser enviada por el papa puesto que éste se encontraba en prisión; finalmente, los sellos del documento

resultaban desconocidos para el patriarca. El clima para una reconciliación era ya malo desde un principio.

El cardenal legado, movido por un cesaropapismo de corte occidental, fue incapaz de captar la situación real y trató de conseguir el apoyo del emperador al tiempo que trataba al patriarca «como a un subordinado» (W. de Vries). Hasta que, finalmente, perdió la paciencia y excomulgó al patriarca y a todos sus secuaces (pero no a toda la Iglesia ortodoxa), colocando sobre el altar de Santa Sofía, durante la sagrada eucaristía, el 16 de julio de 1054, un documento redactado por él. Se desconoce si tuvo conocimiento de que el papa había fallecido tres meses antes. Tampoco se ha podido probar que el papa le hubiera dado autorización para excomulgar al patriarca. «La bula de excomunión redactada por Humberto muestra claramente hasta qué punto se había transformado la mentalidad de la Iglesia romana bajo la influencia del movimiento reformista, y qué poco comprendían de la Iglesia de Oriente, de sus usos y costumbres, los hombres de ese movimiento reformador. Humberto quería descubrir en ella las huellas de todas las grandes herejías... llegando incluso a inculpar a los bizantinos de haber borrado el *Filioque* del *Credo*, con lo que demostraba su ignorancia de la historia de la Iglesia» (F. Dvornik).

Tras un inútil intento imperial para llegar a la reconciliación, un sínodo de Constantinopla excomulgaba el 24 de julio la *Bula de excomunión*, a sus redactores y a cuantos habían intervenido en ella. Pero este sínodo del patriarca no excomulgó, por ejemplo, al papa ni a toda la Iglesia latina.

Por eso, las excomuniones del año 1054 no significan la entrada del cisma definitivo, que se produciría con ocasión de la conquista de Constantinopla el año 1204 y de las consecuencias derivadas de este hecho. Hay que decir, más bien, que el año 1054 fracasó un intento de reconciliación emprendido sobre una base equivocada y en las circunstancias más adversas. La literatura polémica que comenzó a ver la luz entonces no hizo sino endurecer las posturas.

Casi un milenio más tarde, el 7 de diciembre de 1965, estas excomuniones fueron borradas «del recuerdo y de la Iglesia». Tal acto fue realizado simultáneamente en Roma por el papa Pablo VI y en Constantinopla por el patriarca ecuménico Atenágoras I. Las declaraciones, que contienen el mismo texto, quieren «entregar esas excomuniones al olvido».

En los posteriores esfuerzos para lograr la concordia y la paz, los móviles de los emperadores bizantinos fueron preferentemente de naturaleza militar y política, los de los papas de índole eclesiástica, pero estaban exentos del matiz ecuménico en el sentido actual del término. Una de las partes esperaba conseguir ayuda militar contra la creciente presión del islamismo; los otros, el reconocimiento del primado en el sentido

occidental, como «sometimiento» a la jurisdicción pontificia. Si echamos una mirada retrospectiva a toda la historia anterior a aquellas fechas, no se puede hablar de «retorno» de la Iglesia bizantina a la obediencia a la Sede Romana, pues jamás se dio, ni antes ni después, una sumisión como la que se exigía entonces.

Intentos de esa naturaleza se dieron con el papa Gregorio VII y con el emperador Miguel VII (1071-1078), pero sin éxito. El emperador Nicéforo III (1078-1081) no los aprobó, e incluso fue excomulgado por el papa; igualmente Alejo I (1081-1118), sin que esto tuviera efecto alguno en Constantinopla. El papa Urbano II quiso ganarse a Alejo, levantó la excomunión, y dejó entrever una ayuda militar. Con ello nos encontramos en los comienzos de las cruzadas, tan perjudiciales para las relaciones entre ambas Iglesias.

## §77

### **Las cruzadas y la consolidación del cisma**

Las cruzadas no aportaron ayuda alguna al imperio bizantino, y en todo caso empeoraron las relaciones de las Iglesias.

Las regiones conquistadas en la primera cruzada (1096-1099) no fueron entregadas al poder político del imperio bizantino ni a la jurisdicción eclesiástica de los patriarcas orientales, como se había prometido. Por el contrario, Bohemundo de Tarento llegó a ofrecer a Antioquía, que había caído el 1098, al papa como «primera sede episcopal del apóstol Pedro» y como «legítima herencia del papa». El patriarca Juan V (1100-1110) debió abandonar Antioquía. Y se nombraron dos patriarcas latinos: uno para Antioquía y otro para Jerusalén. Bernardo para la primera, y Dagoberto para la segunda. Los clérigos ortodoxos tuvieron que jurar obediencia a la jerarquía latina. De esta forma se agudizaba cada vez más la desconfianza recíproca. La parte occidental consideraba a los ortodoxos como herejes y quería latinizarlos.

De los ulteriores intentos para lograr un entendimiento hay que mencionar las conversaciones entre el arzobispo Pietro Grossolano, de Milán, con teólogos ortodoxos en Constantinopla, en 1112, y otras con el obispo Anselmo de Havelberg, en 1135, sobre el *Filioque*, el pan eucarístico y el primado pontificio. Segundas intenciones políticas tenía el intento del emperador Manuel I (1143-1180) en favor de la unión. Como consecuencia de ésta, el papa debería imponerle la corona imperial. La oposición del patriarca Miguel III, que, en un diálogo público con el emperador en un sínodo, rechazó las pretensiones papales (entre otras, el reconocimiento de Roma como instancia jurídica también para la Iglesia oriental) hizo que fracasara tal intento.

La conquista de Constantinopla por los cruzados en la cuarta cruzada (13 de abril de 1204), el saqueo —propriadamente destrucción— de la ciudad, así como la creación de un patriarcado y de un reino latinos dieron al traste con toda esperanza de restaurar la comunión de las Iglesias. El papa Inocencio III condenó los actos de crueldad, pero saludó efusivamente el sometimiento de los griegos, por la fuerza, a la obediencia de Roma, y la calificó como obra de la Providencia. La latinización debía llegar hasta la introducción del rito romano.

Las conversaciones para la unión que se produjeron esporádicamente (1204, 1206, 1214) nacieron a la sombra de esta opresión. En una gran asamblea sinodal celebrada en 1234, los legados pontificios hablaron por primera vez del purgatorio.

Un plan de unión elaborado en Roma, 1253-1254, por representantes del patriarca Manuel II y del emperador Juan III preveía la satisfacción de las exigencias jurídicas de Roma y, como contrapartida, la eliminación del patriarcado latino de Constantinopla o la reducción de éste a los católicos; pero dicho plan no llegó a realizarse porque fallecieron el emperador y el papa Inocencio IV (1254). El emperador Teodoro II Láskaris (1254-1258) y el patriarca Arsenio (1254-1260) intentaron restaurar la unidad en un concilio ecuménico.

## § 78

### **La reconquista de Constantinopla y la unión de Lyón en 1274**

Tras la reconquista de Constantinopla por el emperador Miguel VIII Paleólogo en 1261 se produjeron controversias relacionadas con el trono, con las que se simultaneó, en el plano eclesiástico, un cisma entre patriarcas (Arsenio contra José I). El emperador Miguel buscó ayuda también en el papa Clemente IV, quien, como contrapartida exigió un maximalista programa occidental: frente a la confesión de fe y plan de unión propuestos por el emperador, exigía la aceptación del *Filioque*, el primado de jurisdicción pontificio también para la Iglesia oriental (derecho de apelación), el pan ácimo en la eucaristía, definición de los patriarcas orientales como delegados pontificios. Con el fallecimiento del papa (1268) fracasaron provisionalmente estos planes. El papa Gregorio X, que conocía el Oriente, se avino al menos al plan de un concilio, y lo convocó para el año 1274 en Lyón. Su objetivo principal sería el de la unión. La transigencia imperial llegó hasta el punto de que, con la mayoría del clero y de los fieles, incluso el patriarca mismo José I, partidario del emperador y de la unión, se opuso a las manipulaciones, amenazas y medidas persecutorias. En consecuencia, los representantes episcopales presentes en



Lyón representaban verdaderamente al emperador, pero no a la Iglesia oriental. El patriarca se había retirado a un monasterio.

Los representantes, que llegaron a Lyón el 24 de junio de 1274, hicieron entrega de la confesión de fe que se les había exigido. Estaba firmada por el emperador. Cuando se trató la unión en la sesión cuarta, un representante del emperador hizo el juramento. Pero, al parecer, no se satisfizo la petición imperial de que una carta pontificia permitiera los ritos orientales y el *Símbolo* sin el *Filioque*. Se cantó por tres veces la confesión de fe con el *Filioque* y se llegó a considerar esta fórmula «como piedra angular del edificio dogmático de la unión» (B. Roberg). Se aceptó incondicionalmente el primado en el sentido de la doctrina occidental: toda autoridad eclesiástica es sólo participación de la plena potestad pontificia. El papa Pablo VI, con ocasión del año jubilar, se refirió con circunspecta reserva al concilio de 1274 considerándolo el «sexto de los sínodos generales celebrados en Occidente», e indicó que la unión de entonces fue confirmada por el emperador «sin que, sin embargo, la Iglesia griega hubiera tenido oportunidad de expresar libremente su opinión respecto de este contrato». Y afirmó que «los latinos habían elegido los textos y formulaciones que reflejan una doctrina sobre la Iglesia elaborada y formulada en Occidente» (carta al cardenal Willebrands, del 5 de octubre de 1974).

La unión impuesta por la fuerza no sólo ahondó el abismo entre las Iglesias, sino que hizo más profundas las contraposiciones en Constantinopla misma. El emperador, que trató de imponerla con medidas persecutorias, terminó por ser excomulgado por el papa Martín IV como favorecedor de la herejía y del cisma, y no recibió sepultura eclesiástica cuando, excomulgado por las dos Iglesias, falleció en 1282. Su hijo Andrónico II (1282-1328), también excomulgado por el papa, denunció formalmente la unión. El papa trató de responder, sin éxito, con una cruzada contra Constantinopla.

Otras conversaciones para la unión (1333, 1339) se estrellaron contra la intransigencia del papa Benedicto XII, quien exigía la aceptación incondicional de las conclusiones de Lyón. Se hizo depender de esta aceptación la ayuda militar que el Oriente deseaba. Idéntica dureza encontró el emperador Juan V Paleólogo (1341-1391) cuando entró en contacto con el papa Inocencio VI en Aviñón. Prometió el sometimiento, ofreció a su propio hijo como rehén y se mostró dispuesto a hacer concesiones que ningún otro emperador bizantino había prometido con anterioridad. En Constantinopla, donde él fue defendido por un legado pontificio y recibió la comunión, se llegó incluso a celebrar un proceso inquisitorial contra «cismáticos y herejes». Y, cuando el emperador viajó hasta el rey Luis de Hungría, éste llegó a exigir que aquél recibiera de

nuevo el bautismo. En Bulgaria, Luis ordenó que se bautizara de nuevo, en serie, a los ortodoxos como «cismáticos y herejes».

Todavía más lejos fue Juan V cuando, con un exiguo acompañamiento, viajó hasta Roma y se encontró allí, en 1369, con el papa Urbano V. Se pasó formalmente a la Iglesia católica, besó los pies del papa, e hizo cuantas concesiones se le exigieron. Con ello, creó el emperador la ilusión de un sometimiento de toda la Iglesia oriental. Pero ésta no se dejó impresionar por todo aquel montaje. El patriarca llegó incluso a convocar a todos los ortodoxos a mantenerse firmes en la fe heredada de los padres. En consecuencia la ayuda militar esperada por el emperador no llegó.

Esta panorámica de los intentos de unión impulsados por móviles de política eclesiástica o de política militar pusieron de manifiesto entre otras cosas lo siguiente: la unidad era inalcanzable por el camino de la política y no podía significar sometimiento, el emperador no representaba por sí solo el papel que se le asignaba en Occidente, diversos intereses alejados de lo eclesiástico y de lo teológico resultaban nocivos para la unidad.

## §79

### **Ferrara-Florenia y la unión de las Iglesias**

Razones completamente distintas terminaron por conducir al concilio de unión, pedido insistentemente por los ortodoxos, e hicieron que el papa se olvidara en la práctica del segundo concilio de Lyon. El cisma, la teoría y la praxis conciliaristas, sobre todo la situación de la división entre el concilio de Basilea y el papa Eugenio IV crearon unas condiciones favorables para la unión. El emperador bizantino necesitaba ayuda militar contra los turcos; el papa, ayuda contra el concilio reformista de Basilea, que trataba de ganarse a los griegos. Antes de que la delegación bizantina iniciara su viaje a Occidente, buques del papa y del concilio estaban a su disposición en el puerto de Constantinopla. Los bizantinos se inclinaron, finalmente, por Eugenio IV y por Ferrara.

La delegación estuvo encabezada personalmente por el emperador Juan VIII Paleólogo. El patriarca José II de Constantinopla, representante de los otros tres patriarcados orientales, y los metropolitans Marcos Eugénico de Éfeso, Besarión de Nicea e Isidoro de Rusia formaban parte de aquella delegación. Cuando se insistió en que el ceremonial exigía que el patriarca le besara el pie al papa, se amenazó con emprender el viaje de regreso. Finalmente se renunció a esa reverencia. Tal vez Pablo VI pensaba en esto y en la ceremonia de sometimiento del emperador Juan V, en 1369, cuando, el 14 de diciembre de 1975, besó los pies en la Capilla Sixtina al representante de los patriarcas ecuménicos, Melitón, metropolitano de Calcedonia.

Tanto en Ferrara como en Florencia (desde febrero de 1439), las largas negociaciones para un diálogo teológico fueron llevadas a cabo por interlocutores de igual categoría, a diferencia de lo sucedido en 1274 en Lyon. Purgatorio, *Filioque* y primado del papa fueron los temas principales. En cuanto al pan eucarístico (ácimo para los occidentales, fermentado para los orientales), hubo reconocimiento de las tradiciones respectivas. No se llegó a un acuerdo sobre el momento de la transustanciación (cuando se pronuncian las palabras de la consagración o en la epiclesis). En la exposición que la teología occidental hacía del purgatorio, los ortodoxos echaban en falta la coincidencia con los padres de la Iglesia.

En cuanto al *Filioque*, que sigue constituyendo un problema teológico entre las Iglesias hasta nuestros días, se encontró un compromiso en la fórmula de la procesión del Espíritu Santo del Padre «a través del Hijo», procesión conocida por los padres de la Iglesia. Los adversarios del *Filioque* (por ejemplo, Marcos Eugénico) fueron aislados por el emperador y por los partidarios de la unión; y posteriormente se aceptó la solución de compromiso a condición de que el *Filioque* no tuviera que ser recogido en el *Símbolo* de los ortodoxos.

En cuanto al primado romano, los ortodoxos habían rechazado siempre la doctrina occidental del papa como vicario de Cristo, que dirige la Iglesia universal como maestro y pastor, convoca los concilios ecuménicos, los preside y los confirma, y como instancia jurídica está sobre todos los patriarcas. En Florencia, el emperador recomendó moderación en la crítica y ceder todo lo posible. Las negociaciones estuvieron a punto de fracasar. Sin llegar a discutir realmente y por completo la cuestión, se aceptó una fórmula de compromiso: los ortodoxos aceptaron al papa como cabeza de la Iglesia universal, vicario de Cristo, etc. «como lo contienen las actas de los concilios ecuménicos y los sagrados cánones». En Oriente se dio a esta frase una interpretación restrictiva: sólo en la medida en que las antiguas normas jurídicas documentan el primado. En Occidente, por el contrario, se pensaba que el primado occidental se fundaba ya en los antiguos concilios. En tiempos posteriores se llevó incluso a desarrollar, partiendo de este texto, la definición del primado de jurisdicción en el concilio Vaticano I. Además, el orden jerárquico de los «restantes patriarcas» (el papa es el primero de ellos) fue confirmado en la secuencia siguiente: 1) Roma, 2) Constantinopla, 3) Alejandría, 4) Antioquía, 5) Jerusalén, «salvaguardando sus privilegios y derechos». También esto resultaba ambiguo: en la concepción occidental, los derechos de los patriarcas serían concedidos por el papa, y no significan autonomía ni independencia alguna. Según la Iglesia oriental, el papa es el primer obispo de toda la Iglesia, y el patriarca de Occidente dentro de la pentarquía (los 5 patriarcas antes señalados), según la concepción de la Iglesia primitiva y de la Iglesia oriental hasta nuestros días. No todos los griegos suscribieron la

decisión conciliar (no la firmó Marcos Eugénico, entre otros). En lugar del patriarca fallecido en Florencia firmó el protosincello Gregorio Melissinos (Mammas). El 6 de julio de 1439 se promulgó el documento, redactado en griego y en latín.

La unión, que no representaba una verdadera solución de los problemas, encontró escaso eco en Oriente, tanto en los obispos y en el clero, como en los monjes y entre los fieles de la Iglesia. No se estaba preparado para ella ni eclesial, ni teológica ni psicológicamente. Occidente había sobrevalorado, una vez más, el papel eclesial del emperador de Bizancio. Puesto que tanto él como el papa habían ejercido diversas presiones, no se puede afirmar que la mayoría de los bizantinos firmaran libremente. Por eso, algunos se retractaron muy pronto; algunos durante el viaje de regreso a sus lugares de procedencia. Cuando Constantinopla cayó en manos de los turcos el 29 de mayo de 1453, se apagó todo pensamiento de unidad. El nuevo patriarca Gennadio Skholarios (1453-1456, 1458-1460) era adversario de la unión.